

El paisaje sonoro de la Reserva de la Biosfera

TEXTO: Susana Gómez Urizarna y David Mazuelas Benito

El sonido de un lugar es una dimensión esencial de su paisaje, que lo caracteriza y que le permite diferenciarse de otros entornos similares. La vida urbana ha hecho que hayamos perdido la capacidad de escuchar el entorno, identificando sistemáticamente sonido con ruido. Las rutas del silencio de la Reserva de la Biosfera están diseñadas para que, con ayuda de las nuevas tecnologías, podamos recuperar ese conocimiento vinculado a los sonidos de la naturaleza.

Fotografía: Óscar Gutiérrez





Como regla general entendemos paisaje como la extensión de terreno que se ve desde un sitio, una acepción que lo vincula únicamente con el sentido de la vista. Pero la realidad es que, a la hora de percibir y sentir un determinado entorno, el resto de los sentidos: el oído, el olfato, el gusto o el tacto, son tanto o más determinantes que la propia vista.

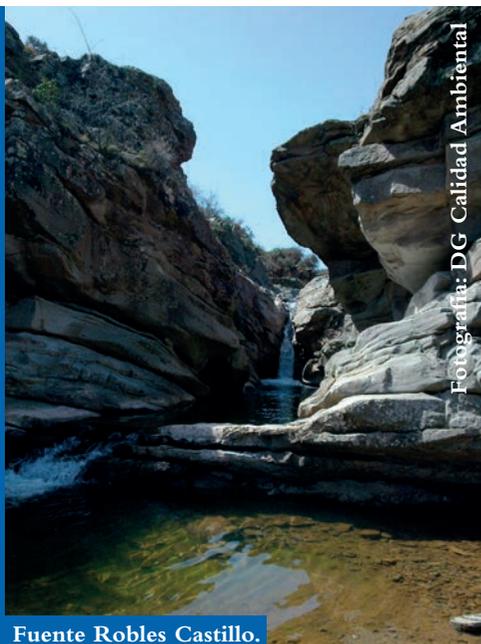
El hecho de considerar otros aspectos más allá del visual a la hora de valorar un paisaje, nos permite redescubrirlo en diferentes épocas del año, e incluso a diferentes horas del día o la noche, ya que el paisaje sonoro depende mucho de los hábitos de su biodiversidad, el olfativo de las floraciones y las condiciones climatológicas, el del gusto de los frutos que podamos encontrar en él y el del tacto de los distintos estados fenológicos del entorno.

El sonido de un lugar es una dimensión esencial de su paisaje, que lo caracteriza y que le permite diferenciarse de otros entornos similares. Pero la homogenización de la vida en los entornos urbanos ha conseguido enmascarar

El hecho de considerar otros aspectos más allá del visual a la hora de valorar un paisaje nos permite redescubrirlo en diferentes épocas del año, e incluso a diferentes horas del día o la noche

los sonidos particulares de grandes pueblos y ciudades, haciéndoles perder parte de su patrimonio sonoro y de su identidad. Esto se ha traducido también en que sus pobladores hayan perdido la capacidad de escuchar su entorno, identificando sistemáticamente sonido con ruido.

Sin embargo el sonido autóctono aún puede ser considerado un elemento diferenciador en el medio rural y los espacios naturales. Un paisaje sonoro puede quedar aquí definido por el silbido del viento al circular encañonado entre las rocas, por la lluvia al caer sobre un embalse, por una tormenta en un valle cerrado, o por el fluir de un arroyo y la caída del agua por una



Fuente Robles Castillo.

Fotografía: DG Calidad Ambiental



Grillotopo.

Fotografía: Daviz Mazuelas



pequeña cascada. La vegetación agitada por el viento también emite su propio sonido y por supuesto, lo emiten quienes habitan en el lugar, pequeños insectos que zumban, anfibios, aves, mamíferos y hombres.

LAS RUTAS DEL SILENCIO

La posibilidad de disfrutar de un paisaje con los cinco sentidos nos la brinda en La Rioja prácticamente cualquier punto de nuestra sierra. Y también nos ofrece la oportunidad de recuperar parte del conocimiento perdido en las últimas generaciones, especialmente de nuestro amplio patrimonio inmaterial en el que se incluyen sus sonidos.

Un buen punto de partida para tratar de recuperar este conocimiento puede ser la identificación de los sonidos de la fauna, que por lo general son grandes desconocidos. Diariamente convivimos en nuestros pueblos y ciudades con numerosos elementos materiales cuya presencia hemos asumido con naturalidad, y a los que nos sentimos vinculados,

El territorio declarado por la UNESCO Reserva de la Biosfera de los valles del Leza, Jubera, Cidacos y Alhama, esconde algunos de los lugares más adecuados para escuchar los sonidos de la naturaleza

pero también con numerosos seres vivos, cuya presencia habitualmente obviamos, y que para nosotros pasan desapercibidos.

Para demostrar esta afirmación basta con realizar una sencilla prueba: cada día compartimos nuestro entorno con numerosos vehículos, y también con numerosas aves. Lo más probable es que cualquiera de nosotros pueda identificar los distintos vehículos con sus marcas a través de sus logotipos identificativos, e incluso muchos podrían identificar el tipo de motor

Ardilla.



Fotografía: Óscar Gutiérrez



de los mismos sólo con escucharlos, pero lo más probable es que la mayoría de estas personas desconozcan por completo los nombres de las aves y, por supuesto, sus sonidos.

En La Rioja hay numerosos lugares que podríamos catalogar de excepcionales para escuchar y observar, por ejemplo, a la avifauna, y en los que sensibilizar a la población a través del conocimiento y crear lazos afectivos entre visitante y entorno. Pero hay que tener en cuenta que los animales son especialmente sensibles a la presencia humana y que es necesario no molestarles, y respetar sus lugares de cría y a las especies protegidas.

El territorio declarado por la UNESCO Reserva de la Biosfera de los valles del Leza, Jubera, Cidacos y Alhama, esconde algunos de los lugares más adecuados para escuchar los sonidos de la naturaleza. Unos lugares que han sido incluidos en las denominadas Rutas del Silencio. Cada una de estas rutas se ha pensado para que sea realizada en una época determinada del año, en función de sus recursos sonoros, unos sonidos que por sí mismos consiguen transmitir los sentimientos de cada lugar. Valga como ejemplo las dos siguientes rutas.

LOS ECOS DEL INVIERNO EN EL VALLE DEL JUBERA

Al valle del Jubera se le conoce como las “Alpujarras” riojanas. Está situado a escasa distancia absoluta de Logroño, pero a una distancia relativa de muchos kilómetros. Es el valle que más duramente ha sufrido las consecuencias de la emigración y es, sin duda, el máximo exponente de la despoblación del medio rural en nuestra Comunidad Autónoma. Sufrió los efectos del declive de la ganadería, y vivió un espejismo de repoblación a mediados del siglo XX, cuando la Compañía Vasco Riojana comenzó la explotación de las minas de

plomo de los Túneles de los Moros, en Jubera. Municipio, hoy aldea, que llegó a tener cerca de 400 vecinos.

El cierre de las minas, las pobres infraestructuras y la falta de acceso a servicios como la electricidad y el agua, dejaron tras de sí un reguero de aldeas vacías, hoy prácticamente desmoronadas e invadidas por la maleza. Estos restos de pueblos y aldeas son quizás hoy el mayor patrimonio con el que cuenta este



Fotografía: Óscar Gutiérrez



valle, víctima del abandono y el expolio de sus escasos bienes: paredes de piedra en ruinas, ventanas vacías, espadañas de ermitas e iglesias habitadas por la naturaleza, y transitadas por las vacas y caballos que ahora pastan en ellas.

Un valle que se ha convertido en un espacio para disfrutar del silencio y de la naturaleza, al que acuden numerosos aficionados a los deportes de aventura y al senderismo. Los sonidos que en esta época caracterizan la ruta dibujan un paisaje de soledad, y transmiten una sensación desoladora acorde con las circunstancias que vive el valle.

La ruta del silencio que proponemos realizar un día cualquiera del invierno comienza en el municipio de Santa Engracia del Jubera, y tiene como destino la aldea de Santa Cecilia. Avanza de forma paralela al río de Santa Engracia, afluente del río Jubera, y su vegetación se encuentra dominada por matorral mediterráneo.

La forma más poética de comenzarla es sin duda dejar que el tañer de las campanas de su iglesia parroquial nos marque el instante de nuestra salida, mientras dirigimos nuestros pasos hacia las afueras del pueblo. En este punto el paisaje visual deja entrever la presencia del hombre en el territorio puesto que en él abundan las pequeñas huertas. Los cantos de algunas aves como el gorrión, el estornino, el petirrojo o el carbonero, que pasan por aquí el duro invierno a cambio de un fácil acceso a la comida, caracterizan claramente el entorno.

-Qué es- me dijo.

-¿Qué es qué?- le pregunté.

-Eso, el ruido ese.

-Es el silencio.

Juan Rulfo, *Luvina*, en *El llano en llamas*.



Ruta Silencio.

Fotografía: Susana Gómez

Un canto corto, áspero y metálico que puede recordar a una gota de agua que cae sobre el metal nos acompañara durante todo el camino. Un sonido que se mimetiza bien con el frío y el silencio que en su mayor parte adornarán la ruta. Es el sonido invernal del petirrojo, conocido también como el pájaro del agricultor, muy abundante aquí durante el invierno. Un ave curiosa que aprovechará sin duda nuestro paso para alimentarse de los diferentes insectos que movemos al andar.

Puede que nos invada la inquietud al sumar a este canto una gran cantidad de silbidos chirriantes. Los que emiten las lúgubres bandadas de estornino pinto, también conocido por aquí como “tordo francés campanario”. Un pájaro de color negro con plumaje tornasolado verde y violeta y abundantes motas blancas, que no gusta de volar aislado y que tiene ca-



Rebaño Chamaritas.

Fotografía: Cahor Díez



Fotografía: David Mazuelas

Hayedo en Zarzosa.



Burro en Santa Marina.

Fotografía: DG Calidad Ambiental

pacidad de imitar a otras aves y otros sonidos que les llaman la atención.

La tranquilidad al espíritu del viajero y, porqué no, la nota de alegría al crudo paisaje, la aporta sin duda el canto del gorrión, un pajarillo chillón y descarado, cuyas poblaciones, lamentablemente, y a pesar de lo que pudiéramos pensar, se encuentran en franca regresión.

Avanzando por la pista forestal y siguiendo las marcas establecidas por el camino de la izquierda, llegamos al límite de un encinar, junto a un barranco donde se acumula la humedad, y donde aparecen chopos y matorral ligado a los cursos de agua. El cambio de vegetación proporciona también un cambio en el ánimo del paisaje: olores, colores y sonidos se intensifican.

Aquí, a finales del invierno, durante la época de celo, podremos escuchar el tamborileo de los continuos repiqueteos en la madera que realiza el picapinos. Y quizás también su canto, reducido a un sonoro “Chick” cuando se mueve de lugar. Tanto él como el pito real, conocido también como pico relincho, o relinchón, porque su canto nos puede recordar a los relinchos de los caballos, hacen que nos olvidemos momentáneamente de la sensación de soledad, pues el sonido hará que nos parezca encontrar gente entre los árboles.

A esta sensación contribuirán sin duda los sonidos de otras aves de potentes voces, como el carbonero, con su canto “chichipán, chichipán”, o el herrerillo que parece regañarnos con su voccecita aguda y su “Chichibebebebe”.

Caminando ahora a través de la antigua vereda que une Santa Engracia y Santa Cecilia, los sonidos de sus cencerros nos advierten de la presencia calmada de vacas y terneros, y quizás de algún caballo. Y nos indican la presencia de agua. Hay aquí una charca acondicionada para el ganado doméstico, a la que multitud de animales acceden para beber, y donde al amanecer pueden encontrarse algún corzo, zorro o jabalí, así como especies de aves, como el petirrojo o la perdiz.



Paisaje nevado.



Fotografía: David Mazuelas



Fotografía: DG Calidad Ambiental

Cuevas túneles moros Jubera.

No será el jabalí quien con sus pequeños ladridos o el chasquido de las ramas que crujen a su paso quien nos defina el paisaje de en este punto de la ruta, porque es animal de naturaleza nocturna y esquiva con el hombre, sino la perdiz. Esta ave comenzará al final del invierno a emitir sus reconocibles y variados cantos que anuncian la primavera.

El final de la ruta se localiza en el puente que cruza el arroyo a los pies de Santa Cecilia, en un punto encajado y muy diverso, donde hay matorral en las laderas y vegetación palustre entorno al arroyo, lo que aporta gran diversidad estructural.

El entorno de Santa Cecilia y el río son frecuentados por muchas aves, y aquí podremos escuchar a los cuervos y cornejas, y quizás al

cernícalo. Aves que también definen un paisaje solitario, mientras lo adornan con sus ásperos cantos plagados por erres y jotas. “Cor, cor, cor” hará el cuervo, mientras grazna más estridente y con la “A”, la corneja.

El paseo sonoro puede aun prolongarse un poco, desviándonos brevemente antes de llegar a Santa Engracia al encinar.

El paisaje en su conjunto cambia ampliamente, y en lo sonoro sobresale en las noches invernales el ulular del cárabo, un sonido de rapaz fácilmente identificable y sobrecogedor puesto que es el sonido usado cuando en cualquier acto quiere introducirse una secuencia de miedo o tensión durante la noche.

La tranquilidad al espíritu del viajero, y por qué no, la nota de alegría al crudo paisaje, la aporta sin duda el canto del gorrión, un pajarillo chillón y descarado



Fotografía: DG Calidad Ambiental

Bucesta.

Tras la experiencia solo queda regresar de nuevo a Santa Engracia, donde nuevamente tendremos la sensación de estar acompañados, pero en silencio.

EL FRESCOR DEL AÑAMAZA

El río Cajo o Añamaza entra en La Rioja desde tierras sorianas a través de una espectacular garganta fluvial, con imponentes cortados de los que cuelgan carrascas y sabinas negras, y donde nidifican numerosas rapaces: el barranco de Fuentestrún del Cajo.

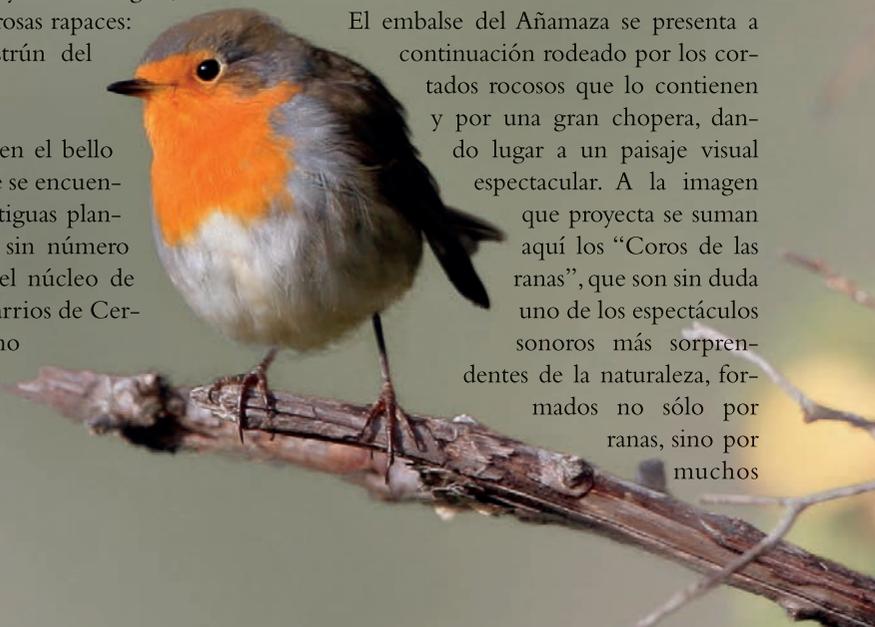
Un cañón que termina en el bello embalse de Añamaza, que se encuentra rodeado por unas antiguas plantaciones de olivares, un sin número de extensas choperas y el núcleo de Valdegutur, uno de los barrios de Cervera del Río Alhama y uno de los lugares menos conocidos de nuestra región.

Este lugar presenta un hábitat típicamente mediterráneo y la presencia de agua hace que la zona sea muy rica en fauna y, por lo tanto, posea un paisaje sonoro muy llamativo, especialmente durante la primavera.

Un paseo por el silencio comienza un día de primavera en el mismo Valdegutur, un núcleo donde apenas residen hoy 16 habitantes a los que no es fácil encontrar. Tomando el camino perpendicular a la calle principal del municipio, cruzamos sobre el río Cajo, y giramos a la derecha para remontar su curso.

Ya en las pequeñas huertas que nos rodean se pueden escuchar los alegres cantos de las pequeñas aves y de los pájaros carpinteros durante todo el día y, caminando unos metros hacia la cabecera del embalse, es posible observar en cualquier momento a las aves rupícolas que crían en los cortados rocosos. Definen aquí el paisaje sonoro sus chillidos, especialmente los del cernícalo vulgar, una de las rapaces más abundantes de La Rioja, al entrar y salir del nido o cuando intenta expulsar a otras aves de su zona de confort. Y también podemos distinguir un sonido sibilante y áspero, similar al crujir de un papel de celofán, que pertenece al colirrojo tizón.

El embalse del Añamaza se presenta a continuación rodeado por los cortados rocosos que lo contienen y por una gran chopera, dando lugar a un paisaje visual espectacular. A la imagen que proyecta se suman aquí los “Coros de las ranas”, que son sin duda uno de los espectáculos sonoros más sorprendentes de la naturaleza, formados no sólo por ranas, sino por muchos





Durante las primeras horas de la mañana es fácil escuchar la oropéndola. Su canto es muy conocido y por ello se hacen onomatopeyas del mismo. En La Rioja, las más conocidas son la de “Martín torero” o “Tengo frío”, imitando su canto

otros anfibios. El mejor momento para escuchar este paisaje es a principios de la primavera, y en particular durante la primera hora después del ocaso, cuando al coro se suman el sapo corredor y el sapo partero entre otros.

Puede que nos parezca escuchar a alguien tocando una carraca, con un tono apagado y continuo, señal de que hay un nutrido grupo de sapos corredores en el entorno, entre los que un solista puede emitir un sonido que recuerde a las púas de un peine cuando las movemos arrastrando contra ellas cualquier objeto.

El canto del sapo partero es más débil y, al no tener sacos bucales, en vez de



Fotografía: Óscar Gutiérrez

Sapo.

“Croar” emite un “silbido” que se asemeja mucho al de un pequeño búho, el autillo. El autillo, que es la más pequeña de las rapaces nocturnas de La Rioja, se puede localizar en las choperas que acompañan al curso del río y es fácilmente audible al atardecer, cuando se oscurece la noche. El silbido del Autillo es mucho más intenso y sonoro, pudiéndose escuchar, este sí, desde muy lejos.

En la pequeña explanada que se abre hacia la mitad del embalse, resulta sencillo observar y escuchar diferentes especies de aves como el ruiseñor,



Fotografía: Álvaro Martínez

Terneros.



CON TU GUÍA EN EL BOLSILLO:

Un texto descriptivo de la ruta como los anteriores puede resultar muy poético, pero si el objetivo es difundir el conocimiento científico, y en particular el patrimonio sonoro a personas no ilustradas ni entrenadas en la materia, resulta desde luego poco práctico.

Por ello, para facilitar la experiencia de las rutas del silencio, se ha desarrollado una aplicación móvil gratuita que hace las veces de guía de naturaleza en cada una de estas rutas, a través de la activación de locuciones en puntos de escucha predeterminados, y de la incorporación de una base de datos de sonidos y animales visibles en los distintos recorridos.

El hecho de contar con bases de datos de sonidos facilita esta tarea y las herramientas que nos ofrecen las nuevas tecnologías hacen posible que la difusión del conocimiento científico sea más sencilla, evitando el rechazo del público ante un tema que puede considerarse demasiado culto.

la abubilla, el mirlo, el pico picapinos, el pito real y muchas otras.

Quizá no haya una especie que nos marque tanto el sentir de la primavera como el canto del Cuco, “Cucu”, sobre todo en el mes de abril. Dice la tradición popular que según el dinero que tengas en los bolsillos el día que escuchas el primer cuco, así será el año en tus finanzas.

Durante las primeras horas de la mañana es fácil escuchar la oropéndola. Su canto es muy conocido y por ello se hacen onomatopeyas del mismo. En La Rioja, las más conocidas son la de “Martín torero” o “Tengo frío”, imitando su canto.

En este alegre recorrido el paisaje suena también a un ave curiosa, el torcecuellos. Un pícido abundante en las choperas donde encuentra una madera óptima para construir los agujeros de sus nidos y cuyo canto de celo, como buen miembro de su familia, nos recuerda a alguna rapaz de la familia de los halcones.

Avanzando aguas arriba por la pista forestal podemos detenernos ante unos impresionantes cortados rocosos, en una zona donde el lecho del río presenta áreas más abiertas. En ellos muchas especies buscan la protección de las alturas para ubicar su nido, y entre ellos destaca el halcón peregrino. Los chillidos del halcón peregrino, el ave más rápida del mundo, se escuchan desde larga distancia al rebotar en las paredes de los cortados donde cría.

PARA SABER MÁS

APP Rutas del Silencio en la Reserva de la Biosfera; www.larioja.org/reservabiosfera
Observatori del Paisatge de Catalunya, www.catpaisage.net

GRANDIA DE FRAGA, E. RODRIGUEZ RODRIGUEZ, S., *Mapas Sonoros del Ganado. El pastoreo tradicional y el sonido de las cercerras en la isla de Gran Canaria*, FEDAC, Editorial Digital, 2009.